

En ESCRITURA, N° 4, Montevideo, mayo de 1948, pp. 82-85

CUATRO LIBROS SOBRE EL ESTE

Como la estructura de nuestro Estado, la literatura nacional es una literatura unitaria. Pareceríamos demasiado chicos para una diversificación regional. Se diría que solo pudiéramos dar, provincialmente, una única VOZ.

Sin romperla, dentro de esta unidad cabe lo dual: campo y ciudad. Para el primero, lo gauchesco, lo nativista, lo autóctono residen siempre en un agro sin precisiones geográficas, sin color o sabor distinto. Apenas si se individualizan el Cerro Largo de Zavala Muniz y de la evocación de “Chico Carlo”; una Lavalleja de Morosoli y de Dossetti. “La ciudad” es Montevideo, siempre, casi siempre. (Aunque no olvidamos el San José de Paco Espínola y esa impar devoción a un barrio — “Villa” anexada — que es la de Luis Bonavita por su Restauración, por su Unión).

Zonas y departamentos recién se despliegan laboriosamente en un concurso: “Romancero del Uruguay” y algunas páginas — no siempre literarias — ensayan precisiones sobre ciertas comarcas de mayor personalidad: Alfredo Lepro, “Frontera”; Camilo Ureña González (Cerro Largo); Carlos Seijo, “Maldonado y su región”; Morosoli, ya aludido, indaga espíritu y cuerpo del sector minuano.

De todo el país, el Este es el que parecería destinado a mejor fortuna. Es el más recorrido por ojos extraños — los que mejor ven —. Tiene un pasado sugerente de lucha de Imperios y de aventura y secreto corsario. Junta campo, mar, palmar y sierra, vida cosmopolita y todo un archipiélago de antiguos decires y formas.

Cuatro libros, recientemente aparecidos, se agregan ya a esta verificación, a este tránsito de la sensación, el recuerdo y la esperanza.

Dos elementos agrupa *Miguel Víctor Martínez* en LOS FANTASMAS DE SANTA TERESA (Montevideo, 1947): la notación, variada y precisa, del paisaje teresiano y la

evocación de dos figuras que desfilaron por él: Don Pedro de Ceballos y el obispo Lué, de la Revolución de Mayo.

La junción de estas líneas se realiza por medio de diversos artificios: una voz rememorativa “honda, lejana, como de otro mundo”, una mano que abre muros, las llamas de una estufa, los demiurgos, los sueños, el mar. Todos ellos son demasiado serviciales, dan respiros, hacen cuarto intermedio cuando el relato es largo.

Hecha esta reserva digamos que los metales aleados son de buena ley. Martínez conoce y quiere entrañablemente las piedras y arenas de Santa Teresa y sabe comunicar este cariño. Las prefería cuando eran salvajes, de acceso difícil, parapetadas atrás de caminos intransitables. Hoy le irritan el turismo bullicioso y distraído, que perturba la grave soledad, y la restauración flamante, que ha estropeado la melancolía de la ruina. Su mirada, aguda, puntual, ensaya aquí un registro de todas las horas del día, un poco a la manera impresionista de Manet.

Las estampas de Ceballos y Lué están trabajadas con cierta intención escultórica, que

las hace a ratos excesivamente solemnes. (Aunque es claro que fantasmas y voces no deben alternar en tren demasiado campechano y coloquial y que un virrey y un obispo no se expresan, en actos de servicio o meditaciones trascendentes, con desgarrada picardía).

Ceballos y Lué tienen en este libro una finalidad heroica, resistente, algo de esa común grandeza que suelen cobrar las figuras epilogales — un Severo, un Osuna — de los Imperios que se deshacen. (Y en el retrato del obispo han sido captadas, con no frecuente inteligencia, las distintas posturas políticas ante la Revolución de Mayo).

Se nota, en esta obra de Martínez, una progresión en el oficio de escritor respecto de la anterior, “Santa Teresa de Rocha”. Cabría objetarle el abuso de la palabra “cosa”, en función indefinitoria (págs. 13, 138, 158 y 176). No deben ir a un libro muletillas de conversación. Y ésta es sucedáneo de la inefabilidad y báculo de la pereza.

Una observación final: el contacto de Ceballos y Lué con la Fortaleza fue excesivamente breve y esporádico. Si bien el

Espíritu sopla donde quiere, tal vez M. V. Martínez hubiera estado acertado en hablar de “los fantasmas *desde* Santa Teresa”.

Un simpático espíritu de fe y de comprensión anima este libro necesario.

Pertenece a la historia de la arquitectura “SAN FERNANDO DE MALDONADO”, de *Fernando Capurro* (Montevideo, 1948). Apartado de la Revista de la “Sociedad de Amigos de la Arqueología”, constituye por sí, en sus casi doscientas páginas, un libro cabal.

Capurro integra con Juan Giuria, Carlos Pérez Montero y Elzeario Boix el pequeño grupo de hombres que se han dedicado a la investigación de nuestra arquitectura histórica. Había publicado —hace años ahora— un completo trabajo sobre la Colonia del Sacramento. En el presente volumen, bien escrito y bien organizado, reitera un mismo método y empeño.

Introducen en la materia una historia de la región, en la que se utiliza ampliamente el trabajo de Ricardo Caillet Bois y un capítulo que es ojeada de conjunto sobre “La ciudad”, en

el que emplea muy bien, dejándoles por lo general la palabra, el testimonio de los viajeros — algunos poco conocidos —: John Luccock, D'Orbigny y Saint Hallaire y José M. Cabrer y Diego de Alvear.

Clasifica la arquitectura fernandina en “militar”, “religiosa” y “civil”, dividiendo esta última en “colonial” y “patricia”, que así llama Capurro la de nuestra época independiente hasta 1850. Estudia también la fortaleza de Santa Teresa y cierra el volumen con una conferencia sobre la evolución de los estilos arquitectónicos en el Uruguay, interesante pero demasiado sumaria. (Lo que nos trae a la memoria un plan detallado y completísimo que Boix había preparado sobre este tema y que no sabemos si estará en vías de cumplir).

R. Francisco Mazzoni en “SENDA Y RETORNO DE MALDONADO” (Montevideo, 1947) recoge varios años de labor periodística en el suplemento montevideano de “El Día”, la que, agrupada, tiene una visible unidad.

Dividida en “Arquitectura”, “Biografías”, “Historia Natural”, “Paisaje” y reflexiones finales (“Fui y seré Maldonado”), trata de

abarcando todos los aspectos de la realidad fernandina.

Lo más vivo e importante de la obra de Mazzoni consiste en su intento de resurrección, apasionado, nostálgico, de un estilo de vida, de habitación y de sociedad, que pudiéramos calificar de “tradicional hispano-criollo”.

Para el autor este estilo comprende, entre otras notas, la adecuación de lo arquitectónico a los materiales y naturaleza americana (ideas de Guido y de Noel), la restauración de las viejas artesanías, el redescubrimiento del paisaje, de la sencillez y del reposo.

Podría decirse que en este alegato sirve Mazzoni a demasiados señores. Primero, al espurio señor turístico. Es la preocupación que se condensa en lemas como el de “la almohada del reposo para la muchedumbre fatigada”, y que es inseparable de un cierto deslumbre lugareño ante el progreso material.

Sirve también a un gusto legítimo, pero intrascendente, por el pasado pintoresco y diferenciado. Ve hasta aquí con ojos de coleccionista, simpáticamente predatorios para

su “casa museo”. Es la inclinación de un alma naturalista y espiritual, un poco vagarosa.

Sirve, por último, más intuitiva que concientemente, a una magna dirección. Que es la que ve en ese estilo de vida tradicional hispano y criollo algo más que dolida reviviscencia, que acotado islote o antigualla atractiva. Es la que sabe que hay más auténtica modernidad, más eternidad inalienable en una actitud de equilibrio del hombre con su medio, con su cuerpo, con su pasado y su naturaleza, que en un módulo vital dictado por la máquina, el goce y el poder, con todas sus escisiones y mutilaciones. En la página 18 dice Mazzoni: “Hay aquí el misterio suspenso de una vida que fue el insustituible valor de una tradición hispánica, adaptada a la existencia insegura, de diaria conquista de los primeros pobladores: un ‘tono’ colonial en las cosas y en las almas. Este germen que muestra su fuerza ante las cosas sagradas — el cementerio no ha sido modernizado, las costumbres familiares se mantienen con el prestigio del pater y el lenguaje correcto, aún de acento antiguo y de viejas palabras — son algo más que detalles. Aquí vibra una tradición, esto no se hace ni rehace por millones que se destinan para

levantar las fachadas caídas. Es éste el tesoro mayor y su pérdida se torna tanto más visible y dolorosa cuando se observa el afán de los jóvenes, cuyo limpio sentimiento busca la razón de sus afectos y no halla sino dudas y ruinas”.

Esta tercera visión, que podría tener por lema el famoso aforismo de “tradición es lo que resiste”, se agrega a una inclinación, ya caudalosa, del pensamiento americano. Mallea, Martínez Estrada, Canal Feijó, Gilberto Freyre (sobre todo en el prólogo a “Casa Grande y Senzala”) están en ella. Y entre nosotros, con dosis spengleriana excesiva, Álvaro de Figueredo.

Mazzoni maneja mejor lo sencillo que lo trabajado, aunque están bien ciertos “fortísimos” como la página alucinada de la visita a Lobos (p. 210). No es feliz, a veces, en lo sentimental (fin de la página 142); su párrafo largo suele ser enredado (págs. 48 y 49).

Tiene muchas referencias interesantes sobre cosas y personajes: Antonio Lussich, Acuña de Figueroa, Garibaldi, Darwin, Francisco Aguilar, las víboras, los tiburones, el sentir literario del

80, la lanza criolla y el lenguaje regional.

El libro de *Antero Urioste*: ENSAYO DE UNA BIBLIOGRAFÍA, CARTOGRAFÍA E ICONOGRAFÍA DEL DEPARTAMENTO DE ROCHA, 1516-1945 (Montevideo, 1947) vale lo que vale una paciencia benedictina, una precisa técnica, una entrañable devoción del hombre a su contorno.

Se trata de una tarea de muchos años, realizada impecablemente y con amor, terminada más allá de la muerte y previéndola. (El autor, bibliotecario del Consejo de Enseñanza, dejó un legado para que se publicara).

Los capítulos “Algo de historia general” y “Breve Historia de Rocha” dan, el primero, un cuadro de la historial nacional en cuanto el área rochense interfiere con ella; el segundo la evolución —puertas adentro— de este departamento que creó la ley de 1880.

Siguen 575 fichas bibliográficas, 105 cartográficas y 476 iconográficas (las dos últimas secciones ordenadas por años).

El catálogo de mapas, sobre todo, es de extraordinario interés, dado que muchas de las piezas fichadas son cartas generales del país o de zonas más extensas, y la cartografía rochense es así cartografía nacional.

Además este libro, de materia tan concreta e impersonal, nos pone en contacto con un espíritu modesto y claro, de rara transparencia. Una figura en la que se cruzan un poco de aquellos hidalgos de casino de provincia, historiadores de linajes locales, retratados por Azorín, y el exacto catalogador de la biblioteca moderna. Todo un magnífico ejemplo en un panorama intelectual donde son tónicas la improvisación, la insapiencia, el aliento corto.

CARLOS REAL DE AZÚA